

Gonzalo Rojas:

4406448

“El amor es, acaso, la única utopía que nos queda”

Presentamos el texto leído por el poeta con ocasión del lanzamiento en Valparaíso de su libro “Río Turbio”

Así que tú eres Gonzalo Rojas—, me dijo ahí en Vita Juan Rulfo, en ese aburridísimo simposio de escritores del 60 en el Hotel O'Higgins que nada tuvo que ver con esos otros 6 encuentros programados de Concepción, a escala de Mundo, que me tocó organizar y convocar del 58 al 62. —Así tú eres el mero Gonzalo, y yo que te creía muerto, y pensé que eras un mito. “Nada de eso, el mito eres tú, Juan, y no vas a morir nunca”. Le recordé la frase de Guimarães Rosa: “Los poetas no mueren, quedan encantados”. Nos reímos y salimos a respirar a la calle, después de tanto hartazgo literario. Esto lo cuento en mis memorias con mayor propiedad. Bueno: ya estoy aquí otra vez, conforme a la reaparición ritual y para elucubrarme de algún periodista chaquetero que dijo con esmero en su diario el año 96: ¡Hasta cuando el Gonzalo Rojas! Hasta que me reben al avión de palo, léase rápido así. Me gusta el Puerto, la primavera y lo destatizado del Puerto, el balneario, el silencio, el paisaje de Valparaíso, y siempre vengo a ver a ese otro “encantado” que se asoma de repente entre el Cerro Alegre y Playa Ancha, a ese encantador de serpientes que todavía mora por aquí. Me refiero al Dario de los 30 años del que venimos todos. Pero esta lectura no se la voy a dedicar a él. Le voy a dedicar esta lectura a mi muerte que estos días del áspero julio cumple un año de muerte y adivinas me está oyendo por ahí “encantada”. Las personas no mueren. Sábato decía en La Epoca que se sentía trágico y pecador a los 55 por haber dejado esa vez a su mujer —Matilde es el nombre, y la quiero mucho— por una rusa bellísima en París que le salió una pata. Eso pasa. A mí también me ha pasado y París está en todas partes, y no porque sea intrínsecamente bello. Es que la cosa es más difícil y no es cierto aquello que pontifica Octavio —bicho— Paz con el desengaño de “diferencia del amor”. Mi visión es otra y el hecho se me da más bien perplejo. ¡El amor es tan relámpago! Parece que es y en ese mismo instante ya no



“Soy un viejoven pero no un viejo—verde”.

es. La costumbre es otra cosa y de eso no hablo. De lo que hablo es de que el portento erótico no me da como peripetia de perdedor. ¡Cuando no perdemos en la apuesta frente a ese proyecto sin tiempo! Claro, el amor es, acaso, la única utopía que nos queda, y es preferible salir del planeta si no se vive de amor. Es decir, si no nos motiva de amor y del “qué se ama cuando se ama”. Este es el epicentro de mi lectura de esta tarde, en esta Sala Rubén Darío. No hay que ser un Goethe para decir: —Allen Nahue vende fierro: todo lo cercano se aleja: Rulfo voló y siempre está ahí, Borges voló, mi compañera de 30 años también voló y qué importan las rusas que viajaron o puedan venir. No soy “el viudo inconsolable” que decía Iruel. Además mi certanza me dijo hasta unos días antes. —Nada de quedarse solo. —De acuerdo, pienso, la nostalgia es venenosa. No te suelta esa despidida. Te destroza día a día en tu casa larga de Chile. Pero no se me vea como un poeta descarrado. Ni mucho menos poeta, porque algo entiendo de hija-

ria como Catulo o Baudelaire. ¡Magnífica la injuria!, escribió esa vez Rimbaud. Ahora —y eso se los dije en el Festival (Festival de Madrid) a esos jóvenes “punkos” que viajaron de toda Europa hace algunas semanas—, el descaro se lo aprendí a los españoles: a Marcial, ¡hace 2.000 años! y a Quevedo. Nada de dadalismo ni —Dios me libre— de humorismo del Mapocho. Si quieres diálogo con los maestros habla con los griegos y los romanos. La locura está ahí y no en la fantasía.

Ahora leamos y aclaremos algo. Río Turbio es un villorrio de carbón a rajo abierto en la Patagonia. Cuando fui a la Antártica pasó cuando apaleé con el avión. Hay ríos de diamante: el Leña de mi infancia, el Renegado del Torroón; y hay ríos turbios. Turbulentos y crípticos. Yo soy un músico turbulento. Me pasa como a Catulo: amo y descaro, y vivo enamorado del amor. Ahora mismo, en las últimas semanas he pasado torrencial en esas aguas. Soy un viejoven —la palabra la inventó maestro Iruel dentro y no esos sapateadores que pulsan barbitálmicamente: un viejoven pero no un viejo—verde. Soy animal de diálogo y me falta la mitad, qué voy a hacer. Y cuando sueño con trescientos a la vez, no me crean nada. “Por culpa de nadie habrá llorado esta piedra”. Así empieza el nuevo ejercicio mío que tal vez perderá. Pero la piedra busca el centro. No entiendo bien lo que acabo de escribir a modo de introducción.

Gonzalo Rojas.

el mirano, Valparaíso, 27 VII. 1996 P. C. 17.

"El amor es, acaso, la única utopía que nos queda" [artículo] Gonzalo Rojas.

Libros y documentos

AUTORÍA

Rojas, Gonzalo, 1917-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1996

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"El amor es, acaso, la única utopía que nos queda" [artículo] Gonzalo Rojas. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile